

¡Que os cuenten, que os cuenten! (1ª parte) por Félix Gerardo Gil Sanz

Este artículo va dirigido a la gente joven por no haber conocido esta manera de vivir. Aprovecho también para dedicárselo a mis mayores de los cuales aprendí tantas cosas.

En el argot de vuestros abuelos, no se oían palabras tan corrientes entre vosotros como movida, cibernética, compacto, etc. Tenían otros de uso cotidiano que reflejaban el entorno rural en el que vivían y que de alguna manera, empezamos a desconocer.

Me gustaría soñar, me gustaría que soñarais conmigo, que esas palabras no van a desaparecer, que al menos y en su caso los útiles u objetos que representan, pudiéramos verlos como si de un MUSEO se tratara, cada una en su lugar, cada una en su rincón, en un viejo caserón de nuestro Pueblo.

Muchas de estas cosas se habrán perdido para siempre, otras estarán arrinconadas en cualquier pajar, ya sin paja, cubiertas por el polvo, víctimas del desuso y el abandono, algunas en el chatarrero, el terrero o el anticuario. Buena parte de estas cosas eran, son, los aperos, esos instrumentos fáciles para sacar sudores y dolores, difíciles para dar bienestar y sustentos.

Desde esta intencionada colaboración, que no pretende ser un canto nostálgico y haciendo uso de esas palabras y algunos nombres de esos objetos, trataremos de darlos, darlos vida, jugando con la imaginación y con el tiempo.

Veréis, imaginemos: Estamos en décadas anteriores, mañana de Primavera, en la puerta falsa del caserón del que os hablaba, ahora nuevo. Esa puerta se halla situada al mediodía, en una pared de tapial y adobe. En su cargadero, unas abejas zumbaban sin parar de sol a sol. Por ahí pasan la mohína y la roana, y el macho tordo que está de non y que para el carro completa la reata, metiéndole en varas.

La yunta, que para la feria de Torija lleva en la casa veinticinco años, ya va siendo vieja. Estas mulas se trajeron de muletas (tres años); la mohína, burreña; la roana, yegua. Para la próxima feria los tratables, marañoneros y gitanos se de-

rán oír.

Una vez dentro del corral y en el cobertizo, me encuentro de todo: una albarda, una cincha, un cinchuelo, unas agaderas y un serón; cabezales, sufra, sillín, retranca y bridón; y una manta y alforjas y herraduras y campanillas y colleras y collarón; tiros y una estaca con soga y ramal, maroma, pitas y bozal; arpilleras, trilladeras, espuerta, horcates y alguna cosa más como un podón, una azada con cotillo, un astil, pico, horca de ganchos, azadilla y azadón.

Más al fondo, el pajar. Por una boquera abierta las golondrinas a su nido van. Dentro, el cañizo y la gotera, el gato, el ratón, la paja, los trastos y en la puerta la gatera.

Junto al pajar, las cortes, -no hay chiste fácil- en ellas, cochino, gallo y gallinas cenizas, despiecezadas y cañamonadas, pollo, capón, polla, chivas comudas y mochas hay, de ubres grandes, preñadas, rumiando están; y un nidal y pila, palo de gallinero, cencerro y muladar; gallinaza, cagarruta, moñigo, piojo, pulga y zotal.

Y antes de la bodega, el bardal; una vez al año de la corta se repondrá y el gorrion en el invierno y por la noche, en sus palos tamaras y gavillas se refugiara. Bajo la tapia, la bodega: el candil, la candelija, la torcida, el aceite, los arcos, el encañado las tinajas, las canillas y la oscuridad; el tinillo, mosto, casca, vino, atarjea, jarro, salitre, codillo y la humedad.

Aquí, en medio del corral, el pozo: garrucha, cubo y brocal. A la sombra y al fresco de éste, el lebrél apocotado está y alrededor la parra y el parral y la avispa y las acacias, en una de ellas el nido de jilguero, cada año sin fallar. Y cerca también el lavadero: la pila de piedra, la losa y el barreño. el jabón casero hecho de sosa cáustica y sobras y posos de aceite y en la solana el tendadero.

Al lado de la bodega y sobre la tapia, la cuadra: la basura, el pesebre y la pesebrera,

la traba, el torcedor, el camastro y el criado; y más detrás el granero: la media, el celemin, la fanega, el raseo, el gorgojo y al salvado; veza, cebada, trigo y avena. Sobre una troje, una artesa donde lo en ella amasado con levadura, en el horno se cocerá. Después en la tahona y en el capacho el pan candeal.

La fachada principal de la casa da al saliente. Por las tardes, a la sombra de la misma: el remiendo, el zurcido, la pana, la lana y algún encaje de bolillos. Chicas jugando al tejo o al corro, los chicos a las cajillas, al «frendis», a la taba o a los bolos.

En el portal y tras la puerta el cántaro y la cantarera, botijo, botija, palancaera, estropajo de esparto, jabón y espejo, peine despuado, lendrera y toallero. En la otra pared, un almanaque de una tienda del Pueblo.

A la izquierda, la cocina: alacena, morillo, puchero, tenazas, fuente, humo, hollín, fogón y caldero; rescoldo, fuelles, leño, tizón y un basar con latas de té, manzanilla y orégano cogidos del monte del pueblo. Y alrededor de la lumbre, en las largas noches de invierno se cuentan historias que despiertan la curiosidad de los nietos, como aquella que relataba el final del Juancho, natural del pueblo. Fue un bandolero, capitán de ladrones. El Juancho seguro que no fue generoso pero sí valeroso, pues según contaba mi abuelo, murió de mala manera en la cárcel, antes que delatar quienes eran el resto.

No hay salón ni cuarto de estar; hay sala. Casi siempre en el piso de arriba. En la sala, visillos, cortina de cretona, barra y anillas de latón, cómoda, mesa, grandes retratos, brasero, badilla, alambra, calentador y espejo.

Los dormitorios con el crucifijo en la cabecera. No hay armarios pero sí baúles. Al abrirlos unos huelen a naftalina, otros a colonia añeja, aún así la polilla hizo su aposento en una toquilla de la abuela.

En las paredes más retratos, rancios y amarillentos, algunos marcos hechos por el abuelo con orlas y repujados cuando al Rey sirvió en el Protectorado de Marruecos. También el balcón con su forjado, el geranio, el clavel y el sándalo.

¿Y la cámara y el camaranchón?. Ahí si que se ha de encontrar desde una albarca vieja sin capillos hasta un jamón con chorreras sin empezar. Un chorizo, un adobo, «güeñas», morcillas y un cacho de témpano rancio, tocino de años ha. Y muchas otras cosas que en su momento saldrán: a la era, a la besana, al monte o al olivar; al huerto o a la viña, a la siega o al patatar; a la poda o a la monda, a la caza, a la matanza o al carnava.

Por la mañana, antes de almorzar, al pajar con la saca sobre los hombros, las manos sobre las caderas y hasta la pajera llevar. Después un pienso, almohaza y hasta cepillo a la yunta se ha de pasar y ahora a almorzar: trébedes, gachas, puches, sartén, «patatas guisás»; malta, «cebada tostá». Y el avío: los arrosos campanillas o zumbas, a dar agua al pilón -pilarejo- pilar y una hora de camino y «pa to el día» a apencar. En el camino, vereda, senda, atajo, carril, montar siempre la roana, la mohína no es de fiar, a veces parece falsa, guiña las orejas «la desgraciá».

En estas idas y venidas veremos en los cerros, la aliaga y el légamo. Oleremos el tomillo o el hinojo, el espliego o el romero. Encontraremos en el barbecho o en las orillas el cardillo, en el sembrado la colleja, en la chopera «el bonetillo» y en la acequia el berro. Y en el bacho el aguanal, y en el arroyo la zarza y el espio, el junco, el carrizo, la boquilla, la reguera, el presillo y la maleza. La regalicia en Valdemoro, la sanguijuela en el manantial y en el barranco el pasadero. Y la loma, donde sestearon las ovejas y cogió las garrapatas el perro. Y el chozo, que no es lo mismo que cova, cabaña, chamizo, bodega o bodego.

Homenaje al historiador Miguel Rodríguez Llopis en el Castillo



Luis Llopis, Estibaliz García y Consuelo Cano

El pasado 16 de agosto en el Castillo se celebró un acto homenaje a nuestro paisano Miguel Rodríguez Llopis organizado por el Ayuntamiento de Yeste y que contaba como oradores con la Alcaldesa de Yeste, Estibaliz García, la diputada provincial de Cultura, Consuelo Cano, y el Presidente de los Romeros de San Bartolomé y principal responsable del Centro de Interpretación Medieval, Luis Llopis. En dicho acto se presentó un DVD con la obra albacetense completa del medievalista editado por el Instituto de Estudios Albacetenses 'Don Juan Manuel' de la Diputación de Albacete.

Entre las obras que se pueden consultar se encuentran libros como 'Conflictos fronterizos y dependencia señorial: la encomienda santiaguista de Yeste y Taibilla (ss XIII-XV)' o la 'Guía de Yeste', así como diversos artículos como 'Los milagros de Yeste de 1614. Una manifestación de religiosidad popular en tierras albacetenses.' o 'Protesta popular y conflictos de clase. Los levantamientos campesinos de Yeste en el reinado de Isabel I.'

Nuestra Alcaldesa calificó al historiador como "ilustre y brillante investigador, generoso, trabajador incansable y, sobre todo, buena persona". Destacó entre sus obras los 'Conflictos fronterizos ...' donde "nos explica como se vivía en Yeste en la Edad Media". Así mismo, resaltó su "envidiable capacidad para transmitir los elementos novedosos de su disciplina". Y terminó dedicando "nuestro pequeño homenaje desde este incomparable marco del patio de armas del Castillo de Yeste que Miguel tantas veces recorrió".

La diputada de Cultura comenzó diciendo que "su vida fue breve pero su obra extensa. Desde Diputación nos esforzamos

en hacer conocer su obra". Y agradeció a la familia de Miguel por "todo lo que nos ha aportado estudiando la historia albacetense y, en especial, la de Yeste ... Nadie muere del todo mientras no se le olvida ... Este acto de hoy quiero que sirva para que Miguel esté con nosotros en sus libros y en nuestros corazones".

Luis Llopis comenzó diciendo que "el trabajo de los historiadores puede llegar a la gente porque la historia es de todos ... Gracias a Miguel, entre otros autores, hemos podido realizar el Centro de Interpretación Medieval y, en especial, la maqueta de Yeste en la Edad Media". También hizo mención de la última obra de Miguel, recientemente publicada, el 'Atlas histórico de la región de Murcia y su antiguo reino' y la-

mentó la ausencia en el acto de José Miguel García Carrión, compañero y habitual colaborador de Miguel. "La historia tratada con inteligencia, como propone y transmite Miguel en sus obras, supone un avance para el progreso de los pueblos". Para terminar anunció que la familia de Miguel iba a donar un ejemplar del Atlas a la biblioteca de Yeste para que pueda ser consultado por cualquier interesado.

Terminó el acto con la emotiva intervención de Juliana Llopis, madre de Miguel, que con una serenidad propia de grandes oradores, agradeció el "reconocimiento a la labor de mi hijo en dos niveles: el profesional y académico, y el del pueblo de Yeste por el trabajo de un vecino sobre sus propias raíces". Por último, agradeció al Ayuntamiento de Yeste la organización del acto y al público su asistencia en nombre de Miguel y de su familia.



Juliana Llopis durante su intervención

Jesús Martínez